

EL SACERDOTE COMO PROBLEMA

«Existe una diferencia mucho mayor entre 1901 y nuestros días que entre la Edad Media y 1901», afirmaba hace años el periodista científico Albert Ducrocq. Y añadía que, si consideráramos lo que iba a suceder hasta el año 2000, tendríamos que esperar «muchos más acontecimientos que el mundo no ha conocido hasta nuestros días».

El mundo, es verdad, se transforma tan rápidamente que tenemos la sensación de no poder vivir en el instante presente. Hoy existe un ritmo vital imparable, acelerado, que marca el paso a la historia. Y esto repercute extraordinariamente en la Iglesia, sobre todo en quienes son particularmente responsables de la misma en el mundo: los sacerdotes.

¿Quién no ve en estas rápidas transformaciones la raíz de tantas divergencias como existen hoy entre los sacerdotes? Uno ve lo que otro no advierte. Uno juzga positivo lo que otro estima reprochable. No todos formulan el mismo diagnóstico acerca del mundo obrero, de la mentalidad de los jóvenes, de la «civilización técnica» y la «desacralización». Los hay que se sentirían psicológica y sociológicamente perdidos fuera del marco eclesialístico, mientras otros difícilmente soportan ser reclusos en el «recinto sagrado».

Estas divergencias, por dolorosas que sean, existen ya en la Iglesia y, en ocasiones, hasta pueden paralizar la labor común. El problema es grave, gravísimo. Y más todavía cuando las divergencias relativas a las formas, a los métodos, al estilo de vida, pueden disimular un malentendido fundamental. La evolución del mundo, al poner en tela de juicio las formas, los métodos y el estilo, obligan a descender a las profundidades, a construir sobre el suelo firme de la Tradición, y no sobre el polvo de las tradiciones superficiales.

Tienen, pues, razón de ser las crisis sacerdotales, el replanteamiento de los problemas, la búsqueda apasionada de la verdad. Si el sacerdote no se preguntara sobre sus relaciones con el mundo en movimiento, sería indicio alarmante. Algo muerto ocultaría su silencio. Los fariseos —sepulcros blanqueados— eran

precisamente personas que no se planteaban problemas, hombres que estaban seguros de ellos mismos.

Una interrogación no es una negación. Por eso nos atrevemos a preguntar: ¿Qué es un sacerdote, según el pensamiento de Jesucristo y de su Iglesia? ¿Para qué ha sido ordenado? Si entre los sacerdotes se llega a un acuerdo sobre la respuesta a dar, será posible dialogar y construir un mundo nuevo juntos. De lo contrario, no habrá más remedio que coexistir, tan pacíficamente como sea posible, lamentando «la diversidad de teologías».

Todo el mundo cree saber lo que es un sacerdote. Pero a la hora de aquilatar conceptos la cosa no es tan sencilla. Veamos si en los tres apartados siguientes podemos reflejar esta realidad:

a) Slogans populares: Se necesitan sacerdotes para casar y enterrar, porque no somos como perros... El cura en la sacristía... El sacerdote no hace política...

b) Conceptos espirituales: La vocación más sublime... Un ángel en la tierra... Otro Cristo... El hombre de Dios, de lo sagrado, el religioso del Padre... El ministro del culto... El hombre de todos...

c) Fórmulas más teológicas: El sacerdote es un separado, un mediador entre Dios y los hombres, entre la Iglesia y el mundo. Y se recurre en seguida al clásico texto de la epístola a los Hebreos (5, 1-3).

Si quisiéramos reducir todavía más a síntesis estos apartados, yo me atrevería a distinguir un clero de la instalación y un clero del movimiento. Dos mentalidades, dos concepciones distintas y parciales de la Iglesia. Por una parte nos presentan una eclesiología de trascendencia; por otra nos encontramos con una eclesiología de encarnación.

Una insiste en el orden y la autoridad. Estos sacerdotes —según Jacques Duquesne— han conservado más o menos conscientemente la nostalgia de una Iglesia respetada, que in-

(continúa en la página 7)

N
res
vam
bre
son
su n
tros
De
tuye
Gras
ricas
debe
que
a la
a pa
neces
rios,
por t
huevo
de la
20 a
que
brepa
Seg
servic
el pa
especi
gram
ha su
guién

vel
190
poi

Para c
las est
sumo
habita
Hem
te prof
concret
plir la
nía sir
el cons
nulo, y
y algu
cétera)
tas des
existent
les que
y año
go, nue
ideales;
nen un
de carn

La alimentación en nuestro pueblo

Escribe: Diego GALLEGO

Nos complace poder asegurar que Manzanares está bien alimentado. Y para demostrarlo vamos a aportar algunos datos estadísticos sobre el consumo de carnes, ya que, en definitiva, son los principios inmediatos que marcan, por su mayor costo, la calidad de la dieta de nuestros convecinos.

De los tres grupos de sustancias que constituyen la alimentación del hombre: Proteínas, Grasas e Hidratos de Carbono, las carnes son ricas en las primeras, de las que el organismo debe recibir forzosamente una cantidad mínima que proporcione los aminoácidos indispensables a la vida, ya que no es capaz de sintetizarlos a partir de los otros principios. Este mínimo necesario está fijado en unos 80 gramos diarios, de los que 30 son de origen animal y, por tanto, sólo los encontramos en las carnes, huevos, leche y derivados. Para el equilibrio de la ración teórica unidad se requieren de 20 a 25 kilogramos por habitante y año, cifra que Manzanares no sólo alcanza, sino que sobrepasa.

Según las canales inspeccionadas por los servicios veterinarios de la localidad, durante el pasado año de 1968 se consumieron de las especies bovina, ovina y porcina 401.342 kilogramos, siendo la especie que más kilogramos ha suministrado la porcina, con 194.000, siguiéndole la bovina, con 72.628 kilogramos.

tado notablemente esta cifra. Los países de menor evolución económica mantienen dietas diarias de 50 a 60 gramos solamente, entre los que se encuentran Portugal y España.

El consumo de huevos se ha situado en 30 ó 40 gramos diarios, que equivalen a unas 300 a 320 unidades anuales en los países de amplio desarrollo. En el nuestro oscila entre los 180 a 240 huevos, gracias a la marcada evolución que ha experimentado la avicultura.

En cuanto a la leche, se observan grandes diferencias de unos ambientes a otros de la población, encontrándose lejos de la media de los países de gran consumo, que dan unos 500 gramos diarios por habitante. Se sigue también una marcha ascendente en el consumo de tan preciado alimento, ya que en la actualidad Manzanares nos da una cifra de infraconsumo inferior a los 200 gramos, siendo precisamente la leche el alimento que proporcionalmente aporta mayor cantidad de calorías, viéndonos obligados a suplirlas con dietas voluminosas ricas en hidrocarbonados que cubran el detrimento de grasas lácteas.

Está sobradamente demostrado que una dieta rica en proteínas cárnicas es compatible con una salud perfecta, por lo que, desde el punto de vista fisiológico, no puede hacerse ninguna objeción a la inclusión de cantidades moderadas de carne en la dieta diaria de los

“Según las canales inspeccionadas por los servicios veterinarios de la localidad, durante el pasado año de 1968, se consumieron de las especies bovina, ovina y porcina, 401.342 kilogramos...”

Para que nos sirva de término de comparación, las estadísticas más recientes dan como consumo normal del país unos 16 kilogramos por habitante y año.

Hemos de tener en cuenta, además, el aporte proteico representado por la carne de ave, concretamente de broiler, que ha venido a suplir la falta de proteínas animales que se venía sintiendo en el mundo. Hace unos años el consumo de carne de ave era prácticamente nulo, y se limitaba a la gallina de desvieje y algunas aves especiales (capones, pavos, etcétera) en época de Navidad y en otras fiestas destacadas. Desde este cero prácticamente existente entonces hasta los seis kilos de broiles que se consumen actualmente por habitante y año media una gran evolución. Sin embargo, nuestras cifras no podemos considerarlas ideales; los grandes países desarrollados tienen un consumo de 150 a 200 gramos diarios de carne y en épocas recientes han incremen-

adultos. La tesis sostenida de antiguo de que la carne podía ser causa indirecta de la arteriosclerosis se ha venido abajo cuando patólogos de la Escuela de Medicina de la Universidad de California afirman que la falta de vitamina B6 y de proteínas son las causantes del endurecimiento de las arterias.

Señalamos una conclusión interesante: Nuestra dieta, relativamente rica en proteínas, es deficitaria en contenido calórico, compensado por un aumento de feculentos (cereales y patatas). Que la leche y derivados deben ser incrementados notablemente, puesto que en ciertas esferas sociales no figura en absoluto o aparecen en mínimas cantidades en la dieta diaria, puesto que sabemos que el desarrollo de un pueblo, su estado sanitario, su capacidad intelectual y física corren pareja con el consumo de carne y leche de sus habitantes.



SANTISIMO CRISTO DE LA COLUMNA

Impresiones de un viejo cristiano

Con motivo de las próximas fiestas de Semana Santa hoy traemos a nuestra sección a don CRISTOBAL DEL RIO Y DEL BARCO, burgalés de pro, afincado tantos años en nuestra ciudad que, como él bien dice, es más manchego que castellano viejo, y al que todos conocemos; ya que una gran mayoría de nosotros hemos pasado por sus aulas del Colegio de San Luis Gonzaga y nos ha enseñado a ser hombres de bien, cristianos y cultos.

Conociendo su gran actividad al frente de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna, que en el pasado año fue la gran novedad de nuestros desfiles procesionales, queremos hacerle unas preguntas:

—Don Cristóbal... Usted que es un cristiano viejo, sin mojigaterías, ¿qué opinión tiene de las fiestas de Semana Santa?

—Muy buena. Para mí son una de las fiestas más hermosas que tiene el Cristianismo, pues Dios hecho hombre, con todo el realismo impresionante de su pasión, muerte y resurrección se muestra al pueblo en las calles de sus más populosas ciudades y de sus más humildes villorrios. Como maestro, creo que los niños son los que mejor captan los santos misterios que se celebran durante esos días.

—¿Qué le parece la forma de desarrollarse en Castilla y en Andalucía?

—Tratar este tema merecería un libro, no las cuatro líneas de esta respuesta. Veo que Castilla y Andalucía tienen formas diferentes de celebrar la Semana Santa en lo exterior; en lo interior no, pues el sentido religioso es el mismo, muy dramático, muy español. No podré por menos de citar la profunda austeridad castellana, con las maravillosas esculturas de Gregorio Hernández, como «La Piedad», de Valladolid y «El Cristo Yacente», de El Pardo; con esas procesiones del «silencio» que tan intensamente viven la pasión; con esos Vía-Crucis llenos de penitentes arrastrando cadenas o llevando cruces sobre sus hombros y haciendo grandes sacrificios, etcétera. En cuanto a Andalucía, con ese sentido religioso tan expresivo que se trasluce a través del canto de sus saetas y del barroquismo de sus procesiones en las que destacan maravillosas tallas como el «Cristo de los Cálices», de Martínez Montañés; el «Jesús del Gran Poder», de Juan de Mesa; el «Cachorro», de Gijón, etcétera. Todo ello, lo castellano y lo andaluz, nos da a conocer el profundo sentido religioso del pueblo español, manifestado en formas diferentes, pero completamente admirables, que el viento de los si-

glos no podrá jamás arrastrar.

—¿No cree que, de todas formas, están perdiendo el gran sentido litúrgico de «Semana de Pasión», para convertirse en unas fiestas más, con gran contenido indiferente?

—No lo creo. Pienso en ese hombre sencillo, agricultor, obrero, artesano, etcétera, que sólo en contadas ocasiones pisa la iglesia, aunque no es indiferente, pero su fe y su formación son excesivamente elementales, que cuando llega la «Gran Semana» empieza a vivir ese clima religioso, más o menos profundo, que

“Las novedades es que empezamos a tener solera, vamos a decirlo así. Somos una Cofradía pobre frente a las grandes ya existentes; pero tenemos fe en Dios”...

se respira en el ambiente de las casas, de las calles, de las iglesias, contempla los pasos procesionales cuando ve la Televisión, oye los comentarios de la radio o lee los artículos de la prensa, y no tiene más remedio que sentir un estremecimiento que ilumina su inteligencia, remueve su fe y le acerca a Dios. Por tanto, con todos los errores que pueda haber, considero que no están perdiendo su auténtico sentido religioso; al contrario, al celebrarse más como está pasando, más cerca siente el pueblo la presencia de Cristo.

—Usted sabe que en la Liturgia de la Semana Santa lo más importante son los Oficios y como complemento las procesiones. ¿Qué cree se debería hacer para que lo comprendiera perfectamente el pueblo cristiano, que, indudablemente, está algo desorientado?

—Efectivamente, hemos de enterarnos de una vez que los Oficios son lo principal y las procesiones lo accesorio. Pero creo que el pueblo no está tan desorientado; todos estamos viendo cómo las iglesias se llenan en los Oficios y después se asiste a las procesiones y se visitan los Monumentos, dando buen ejemplo y magnífico testimonio cristiano. A mi juicio, y en términos generales, se cumple con los cultos internos y externos de la Liturgia de esos días.

—Se dice que hoy las Cofradías son simples asociaciones para organizar los desfiles de Semana Santa. Usted, que preside una, ¿puede decirnos si es esto cierto y la opinión que le merecen las mismas?

—Dejando aparte el que yo presida una, a mí las Cofradías me merecen una gran opinión. No creo en absoluto que sirvan sólo para organizar los desfiles de Semana Santa, pues ¿has pensado en esos cofrades que sólo con

una obligación moral y su cariño hacia Dios, representado en esas imágenes, dejan las comodidades de su casa para acompañar al Señor, metidos en una túnica incómoda y anónima, haciendo sacrificio y meditando en los misterios de la Pasión, acercándose así a la Iglesia? Esto lo consiguen las Cofradías; la organización de las procesiones es lo secundario, lo de menos.

—¿No cree que las Cofradías deberían desde los cauces por donde la gente llegue a Dios?

—Indudablemente; pero, además, creo que lo son. En principio yo me conformaría con que algunos de los apartados asistieran a sus procesiones, ya que, como se dice: «Predica, predica, que algo queda». Y dígame lo que se quiera, con todos los defectos que tengan, en ellas se predica bastante.

—¿No cree que debiera exigirse un mínimo de vida cristiana a todos aquellos que quisieran pertenecer a las mismas?

—Eso, desde luego; lo contrario no sería ni prudente, pues son asociaciones de penitentes y si el cristiano corriente debe tender a la perfección, el que ya pertenece a una organización de la Iglesia aún lo debe hacer más. Y por si algún cofrade ha olvidado esto, le recordaremos los grandes sermones cuaresmales de Notre Dame, de París, y de los célebres oradores sagrados Lacordaire y Bossuet, que se resumen en aquella célebre frase: «¿De qué te habrán servido todas tus riquezas y afanes si pierdes el alma?»

—¿No cree que las Cofradías deben ser uno arrollar una labor formativa y apostólica mayor que la que tienen?

—Aunque se diga lo contrario, se hace labor formativa y apostólica. Los cofrades suelen confesar y comulgar por Pascua. Muchos de ellos desean ser enterrados en su muerte con

SIEMBRA

Revista mensual de la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora

Director:

José Antonio Fernández Rodríguez

Redacción y Administración:
Reyes Católicos, 22

Impresa en:

Imprenta Rodríguez, Manzanares

Gral. Sanjurjo, 5 - Año 1969

Dpt.º Legal, CR. 48 - 1968

la túnica que usaron en vida y este detalle, aunque parece que no tiene importancia, hay que pensar que aunque el hábito no hace al monje, en los sayales se suele ver a Cristo mejor. Además, si el Hermano Mayor sabe ser verdadero guía hacia el Señor, las labores que citamos van sobre ruedas.

—¿Qué opinión le merecen los desfiles procesionales, hoy tan discutidos en la Iglesia postconciliar? ¿Deben continuar o suprimirse?

—Mi opinión es buena; igual que he dicho al principio de la Semana Santa en general, sale Dios a la calle, en cierto modo, a buscar al pueblo. En relación con la segunda parte de la pregunta, me parece que en la Iglesia postconciliar están cambiando y deben cambiar muchas cosas; pero hay otras que, como dice el Cardenal Ottaviani —al cual Pablo VI llamó maestro y que ha convivido con Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y el actual Pontífice—, «en las reformas preconizadas por el Concilio hay formas exteriores que deben continuar»; y creo que una de ellas son las procesiones:

—Háblenos ahora de la transformación sufrida por la Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna desde que usted es Hermano Mayor.

—Cuando me hice cargo de la misma había siete hermanos; actualmente son más de ciento cuarenta, existiendo ya setenta túnicas. Además nuestra actuación en la Semana Santa de mil novecientos sesenta y ocho fue la gran novedad, como tú dices al principio. Creo que como botón de muestra es suficiente.

—¿Tiene novedades para este año de mil novecientos sesenta y nueve?

—Las novedades es que empezamos a tener solera, vamos a decirlo así. Somos una Cofradía pobre frente a las grandes ya existentes; pero tenemos fe en Dios —que bendecirá indudablemente nuestros esfuerzos— y, con tesón y sacrificio, pensamos seguir dándole realce a la misma y con ello a las procesiones de Manzanares. No podemos dejar de decir también que en ella están ya enrolados infinidad de nues-

tros antiguos alumnos y esperamos que muchos más se apunten, por el solo hecho de haber pertenecido al Colegio de San Luis Gonzaga, consiguiendo con ello superar mucho el número ya alcanzado. Creo que esta es una verdadera labor de apostolado que no dejaremos de continuar.

Y estas han sido las palabras de nuestro antiguo y gran maestro don Cristóbal del Río, que por su labor en la Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna bien merece el agradecimiento de todos los manzanareños; pero aún lo merece más por su larga labor educativa, que bien se ha hecho acreedora a un gran homenaje, cuya idea aprovechamos la ocasión para lanzar desde estas páginas de SIEMBRA.

Teodoro Sánchez Migallón



LA CAJA RURAL PROVINCIAL

ES ESENCIALMENTE MANCHEGA

Sus inversiones están promocionando
el bienestar de la provincia

Colabora con ella utilizando sus servicios de ahorro y crédito